

Energized Enthusiasm: A Note on Theurgy

Entusiasmo energizado: una nota sobre teurgia

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Entusiasmo energizado

Una nota sobre teurgia

I

IAO, el Uno supremo de los gnósticos, el Dios verdadero, es el Señor de esta obra. Invoquémoslo, pues, por ese nombre que los Compañeros del Real Arco blasfeman, para que nos ayude en el intento de declarar los medios que Él nos ha concedido.

II

La conciencia divina que se refleja y se refracta en las obras del Genio se alimenta, según creo, de cierta secreción. Esta secreción es análoga al semen, pero no idéntica a él. Son pocos los hombres, y menos aún las mujeres (y esas mujeres son invariablemente andróginas), que la poseen en algún momento y en alguna cantidad. Tan estrechamente está ligada esta secreción a la economía sexual que a veces me parece que podría ser un subproducto del proceso que genera el semen. Que alguna forma de esta doctrina ha sido aceptada de manera general lo muestran las prohibiciones de todas las religiones. Se ha supuesto que la santidad depende de la castidad, y la castidad casi siempre se ha interpretado como abstinencia. Pero dudo de que la relación sea tan simple como esto daría a entender; por ejemplo, encuentro en mí mismo que las manifestaciones de fuerza creadora mental coinciden siempre con algún estado anormal de las potencias

físicas de la generación. Pero no es el caso que los largos períodos de castidad, por una parte, o el exceso de orgías, por la otra, sean favorables a su manifestación, ni siquiera a su formación.

Me conozco, y en mí esa secreción es extremadamente fuerte; sus resultados son asombrosos. Por ejemplo, escribí *Tannhäuser*, completo desde la concepción hasta la ejecución, en sesenta y siete horas consecutivas. No tuve conciencia de la caída de las noches y los días, ni siquiera después de detenerme; tampoco hubo reacción alguna de fatiga. Esa obra la escribí cuando tenía veinticuatro años, inmediatamente después de terminar una orgía que normalmente me habría dejado agotado.

Muchísimas veces he notado que la llamada satisfacción sexual me ha dejado insatisfecho y sin cansancio, y ha desatado los torrentes de versos que han deshonrado mi carrera.

Y, sin embargo, al contrario, un período de castidad me ha fortalecido a veces para un gran estallido. Esto está lejos de ser invariablemente así. Al término de la expedición al K 2, después de cinco meses de castidad, no hice trabajo alguno durante meses, salvo unas pocas líricas sueltas.

Puedo mencionar el año 1911. En esa época vivía, con excelente salud, con la mujer que amaba. Su salud, en cambio, era variable, y ambos estábamos constantemente preocupados. El tiempo fue continuamente bueno y caluroso. Durante un período de unos tres meses casi no fallé una mañana; siempre, al despertar, irrumpía con una idea nueva que había que poner por escrito.

La energía total de mi ser era muy alta. Mi peso era de 10 stone y 8 libras, que había sido mi peso de combate cuando tenía diez

años menos. Caminábamos a diario unas veinte millas por un bosque de colinas.

La cantidad de manuscritos escritos en esa época es asombrosa; su variedad lo es aún más; de su excelencia no hablaré. He aquí una lista aproximada, de memoria, y lejos de ser exhaustiva:

(1) Una docena de libros de instrucción de la A∴A∴, entre ellos Liber Astarte y The Temple of Solomon the King para el Equinox VII.

(2) Cuentos: The Woodcutter. His Secret Sin.

(3) Obras de teatro: His Majesty's Fiddler. Elder Eel. Adonis. The Ghouls (escritas de un tirón, una tras otra). Mortadello.

(4) Poemas: The Sevenfold Sacrament. A Birthday.

(5) Fundamentos de la Cábala griega (lo que supuso reunir y analizar varios miles de palabras).

Creo que este fenómeno es único en la historia de la literatura.

Puedo referirme además a mi segundo viaje a Argelia, donde mi vida sexual, aunque bastante plena, había sido insatisfactoria. Al dejar Biskra estaba tan lleno de ideas que tuve que bajarme del tren en El-Kantara, donde escribí "The Scorpion". Cinco o seis poemas los escribí en el camino a París; "The Ordeal of Ida Pendragon", durante mi estadía de veinticuatro horas en París, y "Snowstorm" y "The Electric Silence", inmediatamente después de mi regreso a Inglaterra.

En suma, siempre puedo rastrear una conexión entre mi estado sexual y el estado de creación artística, tan estrecha que se acerca

a la identidad, y sin embargo tan laxa que no puedo afirmar de ella una sola proposición importante.

Son estas consideraciones las que me apenan cuando los ignorantes me reprochan querer producir genio mecánicamente. Puedo fracasar, pero mi fracaso es mil veces más grande que el mayor de sus éxitos.

Por lo tanto, basaré mis observaciones no tanto en lo que yo mismo he observado y en los experimentos que he intentado, como en los métodos clásicos aceptados para producir ese entusiasmo energizado que es la palanca que mueve a Dios.

III

Los griegos dicen que hay tres métodos para descargar la secreción genial de la que he hablado. Quizá pensaban que sus métodos tendían a segregarla, pero esto no lo creo del todo, ni sin reparos. Porque la manifestación de una fuerza implica una fuerza, y esa fuerza tiene que haber venido de alguna parte. Me resulta más fácil decir "subconsciencia" y "secreción" que postular un depósito externo, ampliar mi connotación de "hombre" que inventar a "Dios".

Sin embargo, dejando a un lado la parsimonia, encuentro en mi experiencia que es inútil azotar a un caballo cansado. Hay momentos en que estoy absolutamente privado de una sola gota de este elixir. Nada lo restaura: ni el descanso en la cama, ni las drogas, ni el ejercicio. Por otra parte, a veces, cuando después de una dura racha de trabajo me caía de fatiga física, quizá tirado en el suelo, demasiado cansado para mover pie o mano, la aparición

de una idea me ha devuelto a una perfecta intensidad de energía, y el desarrollo de la idea me ha librado de hecho de dicha fatiga física, aunque implicaba un gran trabajo adicional.

Exactamente paralelo (sin encontrarse en ningún punto) es el caso de la manía. Un loco puede luchar durante horas contra seis atletas entrenados sin mostrar señal de fatiga. Luego se derrumbará de golpe, pero, al menor aviso de la idea irritante, reanudará la lucha tan fresco como siempre. Hasta que descubrimos la "acción muscular inconsciente" y sus efectos, era racional suponer que un hombre así estaba "poseído por un demonio"; y la diferencia entre el loco y el genio no está en la cantidad sino en la calidad de su obra. El genio es organizado; la locura, caótica. A menudo la organización del genio sigue líneas originales, y los curanderos desequilibrados e ignorantes la confunden con desorden. El tiempo ha mostrado que Whistler y Gauguin "guardaban las reglas" tanto como los maestros a quienes supuestamente estaban trastornando.

IV

Los griegos dicen que hay tres métodos para descargar la botella de Leyden del Genio. Estos tres métodos los asignan a tres Dioses.

Estos tres Dioses son Dioniso, Apolo y Afrodita. En castellano: vino, mujer y canto.

Ahora bien, sería un gran error imaginar que los griegos recomendaban una visita al burdel. Sería como condenar la Misa Mayor de San Pedro por haber presenciado una reunión

protestante de avivamiento. El desorden es siempre una parodia del orden, porque no hay un desorden arquetípico al que pudiera parecerse. Owen Seaman puede parodiar a un poeta; nadie puede parodiar a Owen Seaman. Un crítico es un manojo de impresiones; no hay un ego detrás. Todas las fotografías son esencialmente parecidas; las obras de todos los buenos pintores difieren esencialmente.

Algunos autores suponen que en los antiguos ritos de Eleusis el Sumo Sacerdote copulaba públicamente con la Suma Sacerdotisa. Si así fuera, no sería más "indecente" de lo que es "blasfemo" que el sacerdote convierta el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Dios.

Es cierto que los protestantes dicen que es blasfemo; pero un protestante es alguien para quien todas las cosas sagradas son profanas, cuya mente, siendo toda inmundicia, no puede ver en el acto sexual más que un crimen o una broma, cuyos únicos gestos faciales son la mueca de desprecio y la mirada lasciva.

El protestantismo es el excremento del pensamiento humano, y en consecuencia en los países protestantes el arte, si existe, solo existe para rebelarse.

Volvamos de esta alusión desagradable a nuestro examen de los métodos de los griegos.

V

Convengamos, entonces, en que del hecho de que el vino, la mujer y el canto formen la taberna del marinero no se sigue que

esos ingredientes tengan que cocer necesariamente un brebaje infernal.

Hay gente tan simple que cree que, cuando ha probado que el instinto religioso es una mera eflorescencia del instinto sexual, ha destruido la religión.

Deberíamos considerar más bien que la taberna del marinero le da su único atisbo del cielo, así como la crítica destructiva de los falicistas solo ha probado que el sexo es un sacramento. La conciencia, dice el materialista, hacha en mano, es una función del cerebro. No ha hecho más que reformular el viejo dicho: "¡Vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo!".

Ahora bien, el sexo es justamente santificado en este sentido: es el fuego eterno de la raza. Huxley admitió que "algunos de los animálculos inferiores son en cierto sentido inmortales", porque siguen reproduciéndose eternamente por fisión, y por muchas veces que se divida x por 2 siempre queda algo. Pero nunca parece haber visto que la humanidad es inmortal exactamente en el mismo sentido, y sigue reproduciéndose con características semejantes a través de las edades, cambiada por las circunstancias, es cierto, pero siempre idéntica a sí misma. Pero la flor espiritual de este proceso es que en el momento de la descarga se produce un éxtasis físico, un espasmo análogo al espasmo mental que da la meditación. Y además, en el uso sacramental y ceremonial del acto sexual puede alcanzarse la conciencia divina.

VI

Siendo, pues, el acto sexual un sacramento, queda por considerar en qué medida esto limita el empleo de los órganos.

En primer lugar, es evidentemente legítimo emplearlos para su fin físico natural.

Pero si es lícito usarlos ceremonialmente con un fin religioso, encontraremos el acto rodeado de muchas restricciones.

Porque en ese caso los órganos se vuelven santos. A la mera propagación poco le importa que los hombres sean viciosos; el roué más disoluto podría engendrar, y casi con certeza engendraría, más hijos sanos que una mojigata a medio sexuar. Así, las llamadas restricciones "morales" no se basan en la razón; por eso se las desatiende.

Pero admítase su función religiosa, y se puede establecer de inmediato que el acto no debe ser profanado. No debe emprenderse a la ligera ni neciamente, sin motivo.

Puede emprenderse con el objeto directo de continuar la raza.

Puede emprenderse en obediencia a una pasión real; porque la pasión, como su nombre lo indica, es más bien inspirada por una fuerza de divina fortaleza y belleza sin la voluntad del individuo, a menudo incluso contra ella.

Es el uso casual o habitual (lo que Cristo llamó "ocioso"), o más bien el abuso, de estas fuerzas lo que constituye su profanación.

Será además evidente que, si el acto en sí ha de ser el sacramento en una ceremonia religiosa, ese acto debe realizarse únicamente

por amor de Dios. Todas las consideraciones personales deben desterrarse por completo. Así como cualquier sacerdote puede realizar el milagro de la transubstanciación, así puede cualquier hombre que posea las calificaciones necesarias realizar este otro milagro, cuya naturaleza debe ser tema de una discusión posterior.

Destruidos los fines personales, es *a fortiori* necesario desatender las consideraciones sociales y otras semejantes.

La fuerza y la belleza físicas son necesarias y deseables por razones estéticas, ya que la atención de los fieles puede distraerse si los celebrantes son feos, deformes o incompetentes. Apenas necesito subrayar la necesidad del más estricto dominio de sí y de la concentración por parte de ellos. Así como sería una blasfemia disfrutar el sabor grosero del vino del sacramento, así debe el celebrante suprimir hasta la más mínima manifestación de placer animal. De las pruebas de calificación no hace falta hablar; basta decir que los adeptos siempre han sabido cómo asegurar la eficacia.

Tampoco hace falta insistir en una cualidad semejante en los asistentes; la excitación sexual debe suprimirse y transformarse en su equivalente religioso.

VII

Zanjados estos preliminares para precaverse de las críticas previsibles de esos protestantes que, habiéndolos hecho Dios un poco menores que los ángeles, se han hecho a sí mismos mucho menores que las bestias por su interpretación constantemente

bestial de todas las cosas humanas y divinas, podemos considerar primero la naturaleza trina de estos antiguos métodos de energizar el entusiasmo.

La música tiene dos partes: el tono o altura, y el ritmo. Esta última cualidad la asocia a la danza, y la parte de la danza que no es ritmo es sexo. Ahora bien, la parte del sexo que no es una forma de la danza, movimiento animal, es embriaguez del alma, lo que la conecta con el vino. Otras identidades se le sugerirán al estudiante.

Mediante el uso de los tres métodos en uno puede estimularse así todo el ser del hombre.

La música creará una armonía general del cerebro, conduciéndolo por sus propias sendas; el vino proporciona un estímulo general de la naturaleza animal; y la excitación sexual eleva la naturaleza moral del hombre por su estrecha analogía con el éxtasis más alto. Siempre le queda a él, sin embargo, realizar la transmutación final. A menos que tenga la secreción especial que he postulado, el resultado será vulgar.

Tan acorde es este sistema con la naturaleza del hombre que está exactamente parodiado y profanado no solo en la taberna del marinero, sino en el baile de sociedad. Allí, para las naturalezas más bajas, el resultado es la embriaguez, la enfermedad y la muerte; para las naturalezas medias, un embotamiento gradual de los sentimientos más finos; para las más altas, una euforia que en el mejor de los casos llega a ser el fundamento de un amor de toda la vida.

Si estos "ritos" de sociedad se realizan como es debido, no debería haber agotamiento. Después de un baile uno debería sentir la necesidad de un largo paseo en el aire joven de la mañana. El cansancio o el aburrimiento, el dolor de cabeza o la somnolencia, son advertencias de la Naturaleza.

VIII

Ahora bien, el propósito de tal baile, la actitud moral al entrar, me parece de suprema importancia. Si uno va con la idea de matar el tiempo, más bien se está matando a sí mismo. Baudelaire habla del primer período del amor, en que el muchacho besa los árboles del bosque antes que no besar nada. A los treinta y seis años me encontré en Pompeya besando apasionadamente esa gran estatua grave de una mujer que se alza en la avenida de las tumbas. Aun ahora, al despertar por la mañana, a veces me pongo a besar mis propios brazos. Es con un sentimiento así como se debe ir a un baile, y con ese sentimiento intensificado, purificado y exaltado como se lo debe dejar.

Si esto es así, ¡cuánto más si se va con el propósito religioso directo ardiendo en todo el ser! Beethoven rugiendo ante el amanecer no es un espectáculo extraño para mí, que grito de alegría y de asombro cuando comprendo (sin lo cual no puede decirse realmente que uno vea) una brizna de hierba. Caigo de rodillas en adoración sin palabras ante la luna; me cubro los ojos con santo temor ante un buen Van Gogh.

¡Imagínense, entonces, un baile en el que la música sea el coro celestial, el vino sea el vino del Grial, o el del Sabbath de los

Adeptos, y la pareja de uno sea el Uno Infinito y Eterno, el Dios Verdadero y Viviente, el Altísimo!

¡Vayan incluso a un baile común (el Moulin de la Galette le servirá aun al menor de mis magos) con toda el alma inflamada dentro de ustedes y toda la voluntad concentrada en estas transustanciaciones, y díganme qué milagro ocurre!

Es el odio a la vida, el disgusto por ella, lo que lleva a uno al baile cuando es viejo; cuando es joven, está impaciente hasta que llega la hora; pero el amor de Dios, que es el único amor verdadero, no disminuye con la edad; se vuelve más hondo y más intenso con cada satisfacción. Parece como si en los hombres más nobles esta secreción aumentara constantemente (lo cual sin duda sugiere un depósito externo), de modo que la edad pierde toda su amargura. Encontramos al "Hermano Lorenzo", Nicolás Herman de Lorena, a la edad de ochenta años en continuo goce de la unión con Dios. Buda, a igual edad, subía y bajaba por los Ocho Altos Trances como un acróbata en una escalera; historias no muy distintas se cuentan del obispo Berkeley.

Muchas personas no han alcanzado la unión en absoluto hasta la mediana edad, y luego rara vez la han perdido.

Es cierto que el genio, en el sentido ordinario de la palabra, casi siempre se ha manifestado en los jóvenes. Quizá debamos considerar casos como el de Nicolás Herman como casos de genio adquirido.

Ahora bien, soy ciertamente de la opinión de que el genio puede adquirirse o, en la alternativa, de que es una posesión casi universal. Su rareza puede atribuirse a la influencia aplastante de

una sociedad corrompida. Es raro encontrar a un joven sin altos ideales, pensamientos generosos, un sentido de la santidad, de su propia importancia, lo cual, interpretado, es: de su propia identidad con Dios. Tres años en el mundo, y es un empleado de banco o incluso un funcionario del gobierno. Solo quienes comprenden intuitivamente desde la temprana niñez que deben destacarse, y que tienen el increíble coraje y la resistencia de hacerlo frente a todo lo que pueden la tiranía, la insensibilidad y el desprecio de los inferiores, solo esos llegan a la edad viril incontaminados.

Todo pensamiento serio o espiritual se convierte en broma; a los poetas se los tiene por "blandos" y "cobardes", al parecer porque son los únicos muchachos con voluntad propia y con coraje para resistir a todo el colegio, muchachos y maestros coaligados como lo estuvieron una vez Pilato y Herodes; el honor es reemplazado por la conveniencia, la santidad por la hipocresía.

Aun donde encontramos semilla del todo buena brotando en terreno favorable, con demasiada frecuencia hay un desperdicio de las fuerzas. El aliento fácil a un poeta o a un pintor es para él mucho peor que cualquier cantidad de oposición.

Aquí de nuevo la cuestión sexual (la C. S., así llamada por los tolstoianos, los mercaderes de la castidad, los comedores de nueces y demás gente que no habla ni piensa en otra cosa) asoma su horrible cabeza. Creo que todo muchacho es originariamente consciente de que el sexo es sagrado. Pero no sabe qué es. Con infinita timidez pregunta. El maestro responde con santo horror; el muchacho, con una mirada lasciva, una risa furtiva, quizá algo peor.

Me inclino a coincidir con el director de Eton en que las pasiones pederásticas entre colegiales "no hacen daño"; más aún, las considero el único rasgo redentor de la vida sexual en las public schools.

Los hindúes son más sabios. En la hora bien vigilada de la pubertad, al muchacho se lo prepara como para un sacramento; se lo lleva a un templo debidamente consagrado, y allí una mujer sabia y santa, diestra en el arte y consagrada a este fin, lo inicia con toda solemnidad en el misterio de la vida. El acto queda así declarado religioso, sagrado, impersonal, del todo ajeno al amorío, al erotismo, al animalismo, al sentimentalismo y a todas las demás vilezas que el protestantismo ha hecho de él.

La Iglesia Católica, creo, preservó en cierta medida la tradición pagana. El matrimonio es un sacramento.[1]

Pero en el intento de despojar el acto de todos los añadidos que lo profanaran, los Padres de la Iglesia agregaron, a su pesar, otros añadidos que lo profanaron más. Lo ataron a la propiedad y a la herencia. Quisieron que sirviera a la vez a Dios y a Mammón.

Restringiendo con razón al sacerdote, que debía emplear toda su energía en el milagro de la Misa, encontraron que su consejo era un consejo de perfección. La tradición mágica se perdió en parte; el sacerdote no podía hacer lo que se esperaba de él, y la porción no gastada de su energía se agrió. De ahí que los pensamientos de los sacerdotes, como los de los maniáticos modernos, giraran eternamente en torno a la C. S.

Una Misa especial y Secreta, una Misa del Espíritu Santo, una Misa del Misterio de la Encarnación, celebrada a intervalos fijos,

podría haber salvado tanto a los monjes como a las monjas, y haber dado a la Iglesia el dominio eterno del mundo.

IX

Volvamos. La rareza del genio se debe en gran parte a la destrucción de sus jóvenes. Así como en la vida física es una planta favorecida aquella de cuyas mil semillas una sola llega a echar un brote, así las condiciones matan a todos los hijos del genio salvo a los más fuertes.

Pero así como los conejos se multiplicaron con rapidez en Australia, donde se sabe de un misionero que engendró noventa hijos en dos años, así podremos criar genios si logramos encontrar las condiciones que lo obstaculizan y eliminarlas.

El paso práctico evidente es restituir los ritos de Baco, Afrodita y Apolo a su debido lugar. No deberían estar abiertos a todo el mundo, y la edad viril debería ser la recompensa de la prueba y la iniciación.

Las pruebas físicas deberían ser severas, y a los débiles habría que eliminarlos antes que preservarlos artificialmente. Lo mismo vale para las pruebas intelectuales. Pero tales pruebas deberían ser lo más amplias posible. Yo era un completo inútil en el colegio en toda forma de atletismo y de juegos, porque los despreciaba. Tuve, y aún tengo, numerosos récords mundiales de montañismo.

Del mismo modo, los exámenes no logran medir la inteligencia. Cecil Rhodes se negaba a emplear a ningún hombre con título universitario. Que tales títulos conduzcan a honores en Inglaterra

es un signo de la decadencia de Inglaterra, aunque aun en Inglaterra suelen ser los peldaños hacia la ociosidad clerical o la esclavitud pedagógica.

Tal es el esbozo punteado del cuadro que deseo trazar. Si el poder de poseer propiedad dependiera de la competencia de un hombre y de su percepción de los valores reales, se crearía de inmediato una nueva aristocracia, y el hecho funesto de que la consideración social varíe con el poder de comprar champaña dejaría de ser un hecho. Nuestra pluto-hetairo-politicocracia caería en un día.

Pero sé demasiado bien que no es probable que tal cuadro llegue a pintarse. Solo podemos, entonces, trabajar con paciencia y en secreto. Debemos seleccionar el material adecuado y adiestrarlo con la máxima reverencia en estos tres métodos maestros de asistir al alma en su orgasmo genial.

X

Esta actitud reverente tiene una importancia que no puedo exagerar. La gente normal encuentra un alivio normal a cualquier excitación general o especial en el acto sexual. El comandante Marston, de la Real Armada, cuyos experimentos sobre el efecto del tam-tam en la inglesa casada son clásicos y concluyentes, ha descrito admirablemente cómo la vaga inquietud que ella muestra al principio va tomando poco a poco la forma sexual y culmina, si se lo permite, en una masturbación desvergonzada o en insinuaciones indecentes. Pero esto es un corolario natural de la proposición de que las inglesas casadas por lo común desconocen la satisfacción sexual. Sus deseos son estimulados

constantemente por maridos brutales e ignorantes, y nunca satisfechos. Este hecho explica a su vez la asombrosa difusión del safismo en la sociedad londinense.

Los hindúes advierten a sus discípulos de los peligros de los ejercicios respiratorios. En efecto, la más leve flojedad en los tejidos morales o físicos puede hacer que la energía acumulada por la práctica se descargue en una emisión involuntaria. He sabido que esto ocurriera en mi propia experiencia.

Es, pues, de la máxima importancia comprender que el alivio de la tensión ha de encontrarse en lo que los hebreos y los griegos llamaban profetizar, y que es mejor cuando se organiza en arte. La descarga desordenada es mero desperdicio, un desierto de aullidos; la descarga ordenada es un "Prometeo desencadenado" o una "Edad de bronce", según las aptitudes especiales de la persona entusiasmada.

Pero hay que recordar que las aptitudes especiales son muy fáciles de adquirir si la fuerza impulsora del entusiasmo es grande. Si uno no puede guardar las reglas de otros, hace reglas propias. A la larga, un conjunto resulta tan bueno como otro. De Henri Rousseau, el aduanero, se rieron toda su vida. Yo me reí tan de buena gana como los demás; aunque, casi a pesar mío, seguía diciendo (como se dice) "que sentía algo; no sabría decir qué". En cuanto a alguien se le ocurrió colgar todos sus cuadros solos en una sala, se hizo instantáneamente evidente que su *naïveté* era la sencillez de un Maestro.

Que nadie imagine, entonces, que no percibo o que subestimo los peligros de emplear estos métodos. Algo tan simple como la

fatiga podría convertir unas Meninas en una estúpida crisis sexual.

La mayoría de los ingleses tendrá que emular el dominio de sí de los árabes y los hindúes, cuyo ideal es desflorar el mayor número posible de vírgenes (ochenta se considera una actuación bastante buena) sin consumar el acto. Es, en efecto, de primera importancia que el celebrante de cualquier rito fálico sea capaz de consumar el acto sin permitir ni una sola vez que un pensamiento sexual o sensual invada su mente. La mente debe estar tan absolutamente desprendida del propio cuerpo como lo está del de otra persona.

XI

De los instrumentos musicales, pocos son adecuados.

La voz humana es el mejor, y el único que puede emplearse con provecho en coro. Cualquier cosa parecida a una orquesta implica ensayos infinitos e introduce una atmósfera de artificio.

El órgano es un digno instrumento solista, y es una orquesta en sí mismo, mientras que su timbre y sus asociaciones favorecen la idea religiosa.

El violín es el más útil de todos, porque cada uno de sus estados de ánimo expresa el hambre de lo infinito, y sin embargo es tan móvil que tiene un registro emocional mayor que cualquiera de sus competidores. Hay que prescindir del acompañamiento, a menos que se disponga de un arpista.

El armonio es un instrumento horrible, aunque solo sea por sus asociaciones; y el piano es semejante a él, aunque, oculto a la vista y tocado por un Paderewski, serviría.

La trompeta y la campana son excelentes para sobresaltar en los momentos críticos de una ceremonia.

Ardiente, retumbante, apasionado, en otra clase de ceremonia, una clase más intensa y directa, pero en conjunto menos elevada, el tam-tam está solo. Se combina bien con la práctica del mantra, y es el mejor acompañamiento para cualquier danza sagrada.

XII

De las danzas sagradas, la más práctica para una reunión es la danza sentada. Uno se sienta con las piernas cruzadas en el suelo y se balancea hacia adelante y hacia atrás desde las caderas al compás del mantra. Un solo o un dúo de bailarines como espectáculo más bien distrae de este ejercicio.

Sugeriría una luz muy pequeña y muy brillante en el suelo, en el centro de la sala. Una sala así tiene su mejor piso en mosaico de mármol; una alfombra común de Logia masónica no está mal. Los ojos, si ven algo, ven entonces solo los cuadrados rítmicos o mecánicos que conducen en perspectiva hacia la luz simple que no parpadea. El balanceo del cuerpo con el mantra (que tiene la costumbre de subir y bajar como por sí mismo de un modo muy extraño) se acentúa; finalmente sobreviene una etapa curiosamente espasmódica, y entonces la conciencia vacila y se apaga; quizá irrumpe en la conciencia divina, quizá simplemente

es devuelta a sí misma por alguna variación de la impresión externa.

Lo anterior es una descripción muy simple de una forma de ceremonia muy simple y seria, basada enteramente en el ritmo. Es muy fácil de preparar, y sus resultados suelen ser muy alentadores para el principiante.

XIII

Siendo el vino escarnecedor y la bebida fuerte alborotadora, su uso es más propenso a traer problemas que la mera música.

Una dificultad esencial es la dosis. Se necesita exactamente lo suficiente; y, como señala Blake, solo se puede saber qué es suficiente tomando demasiado.

Para cada hombre la dosis varía enormemente; también varía para el mismo hombre en distintos momentos.

La salida ceremonial a esto es tener un servidor silencioso que lleve el cuenco de la libación y lo presente a cada uno por turno, a intervalos frecuentes. Deben beberse dosis pequeñas, y el cuenco debe pasar, tomado según lo juzgue conveniente el fiel. Pero el copero debe ser un iniciado y usar su propio discernimiento antes de presentar el cuenco. La menor señal de que la embriaguez se está adueñando del hombre debe ser para él una señal de pasar de largo a ese hombre.

Esta práctica puede adaptarse fácilmente a la ceremonia antes descrita.

Si se desea, en lugar de vino puede emplearse el elixir que yo introduje en Europa. Pero sus resultados, usado de esta manera, todavía no se han estudiado a fondo. Es mi propósito inmediato reparar este descuido.

XIV

La excitación sexual, que debe completar la armonía del método, plantea un problema más difícil.

Es excepcionalmente deseable que los movimientos corporales que intervengan sean decorosos en el más alto sentido, y mucha gente está tan mal adiestrada que será incapaz de mirar tal ceremonia con otros ojos que los críticos o los lascivos; cualquiera de las dos cosas sería fatal para todo el bien ya hecho. Presumiblemente es mejor esperar hasta que todos los presentes estén muy exaltados antes de arriesgar una profanación.

No es deseable, en mi opinión, que los fieles comunes celebren en público. El sacrificio debe ser único.

Si es o no...

XV

Hasta aquí había escrito cuando el distinguido poeta cuya conversación conmigo sobre los Misterios me había incitado a apuntar estas pocas notas toscas llamó a mi puerta. Le dije que estaba trabajando en las ideas que él me había sugerido, y que, bueno, estaba más bien atascado. Me pidió permiso para echar un vistazo al manuscrito (pues lee el inglés con fluidez, aunque

solo habla unas pocas palabras) y, habiéndolo hecho, se encendió y dijo: "Si viene conmigo ahora, terminaremos su ensayo".

Contento de cualquier excusa para dejar de trabajar, cuanto más plausible mejor, me apresuré a descolgar el abrigo y el sombrero.

"A propósito", observó en el automóvil, "supongo que no le importará darme la Palabra de Rosa Cruz".

Sorprendido, intercambié con él los secretos de I.N.R.I. "Y ahora, muy excelente y perfecto Príncipe", dijo, "lo que sigue queda bajo este sello". Y me dio la más solemne de todas las señales masónicas.

"Está usted a punto", dijo, "de comparar su ideal con nuestro real".

Tocó un timbre. El automóvil se detuvo y bajamos. Despidió al chofer. "Venga", dijo, "tenemos media milla a paso vivo".

Caminamos a través de un bosque espeso hasta una casa antigua, donde nos recibió en silencio un caballero que, aunque en traje de corte, llevaba una espada muy "practicable". Una vez satisfecho él, se nos hizo pasar por un corredor a una antesala, donde nos aguardaba otro guardián armado. Este, tras un nuevo examen, procedió a ofrecerme un traje de corte, las insignias de Soberano Príncipe Rosa Cruz y una jarretera y un manto, la primera de seda verde, el segundo de terciopelo verde y forrado de seda color cereza. "Es una misa rezada", susurró el guardián.

En esta antesala había otros tres o cuatro, damas y caballeros, ocupados en revestirse.

En una tercera sala encontramos formada una procesión y nos unimos a ella. Éramos veintiséis en total. Pasando un último guardián llegamos a la capilla misma, a cuya entrada estaban un joven y una joven, ambos vestidos con sencillas túnicas de seda blanca bordadas en oro, rojo y azul. Él llevaba una antorcha de madera resinosa; ella nos rociaba al pasar, desde una copa, con esencia de rosas.

La sala en que estábamos ahora había sido en otro tiempo una capilla; tanto declaraba su forma. Pero el altar mayor estaba cubierto con un paño que mostraba la Rosa y la Cruz, y sobre él se alineaban siete candelabros, cada uno de siete brazos.

Se habían conservado las sillerías; y a la mano de cada caballero ardía un cirio de cera color de rosa, y delante de él había un ramo de rosas.

En el centro de la nave había una gran cruz (una "cruz del calvario de diez cuadrados", que medía, digamos, seis pies por cinco) pintada en rojo sobre un tablero blanco, en cuyo borde había anillas por las que pasaban varas doradas. En cada esquina había un estandarte con el león, el toro, el águila y el hombre, y de lo alto de sus varas brotaba un dosel azul en el que estaban figurados en oro los doce emblemas del Zodíaco.

Una vez instalados los Caballeros y las Damas, de pronto tintineó una campanilla en el arquitrabe. Al instante todos se pusieron de pie. Las puertas se abrieron a un toque de trompeta desde afuera, y avanzó un heraldo, seguido por el Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa.

El Sumo Sacerdote era un hombre de casi sesenta años, si puedo juzgar por la barba blanca; pero caminaba con el paso elástico y a la vez seguro de los treinta. La Suma Sacerdotisa, una mujer orgullosa, alta y sombría de unos treinta veranos, caminaba a su lado, con las manos alzadas y tocándose como en el minué. Sus colas las llevaban los dos jóvenes que nos habían admitido.

Todo este tiempo un órgano invisible tocaba un Introito.

Este cesó cuando ocuparon sus lugares ante el altar. Miraron hacia el Oeste, esperando.

Al cerrarse las puertas, el guardia armado, que vestía una túnica escarlata en lugar de verde, desenvainó la espada y recorrió la nave arriba y abajo, salmodiando exorcismos y blandiendo la gran espada. Todos los presentes desenvainaron sus espadas y se volvieron hacia afuera, sosteniendo las puntas delante de sí. Esta parte de la ceremonia me pareció interminable. Cuando terminó, reaparecieron la muchacha y el muchacho, llevando ella un cuenco y él un incensario. Cantando alguna letanía, al parecer en griego, aunque no pude captar las palabras, purificaron y consagraron la capilla.

Entonces el Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa comenzaron una letanía en líneas rítmicas de igual longitud. A cada tercera respuesta se tocaban las manos de un modo peculiar; a cada séptima se besaban. La vigésimo primera fue un abrazo completo. La campanilla tintineó en el arquitrabe, y se separaron. El Sumo Sacerdote tomó entonces del altar un frasco de forma curiosa que imitaba un falo. La Suma Sacerdotisa se

arrodilló y presentó una copa de oro en forma de barca. Él se arrodilló frente a ella, y no vertió del frasco.

Entonces los Caballeros y las Damas comenzaron una larga letanía: primero una Dama en tiple, luego un Caballero en bajo, luego una respuesta en coro de todos los presentes con el órgano. Este coro era:

EVOE HO, IACCHE! EPELTHON, EPELTHON, EVOE, IAO!

Una y otra vez se elevaba y caía. Hacia su final, no podría jurar si por "efecto escénico" o no, la luz sobre el altar se volvió rosada, luego púrpura. El Sumo Sacerdote alzó la mano con brusquedad y de repente; silencio instantáneo.

Entonces vertió el vino del frasco. La Suma Sacerdotisa se lo dio a la muchacha servidora, que lo llevó a todos los presentes.

No era un vino común. Se ha dicho del vodka que parece agua y sabe a fuego. Con este vino ocurre lo contrario. Era de un oro rico y ardiente en el que danzaban y temblaban llamas de luz, pero su sabor era límpido y puro como agua fresca de manantial. Sin embargo, apenas lo hube bebido empecé a temblar. Era una sensación de lo más asombrosa; puedo imaginar que un hombre se sienta así mientras espera a su verdugo, cuando ya ha pasado por el miedo y es todo excitación. Miré a lo largo de mi sillería y vi que todos estaban afectados del mismo modo. Durante la libación la Suma Sacerdotisa cantó un himno, otra vez en griego. Esta vez reconocí las palabras; eran las de una antigua Oda a Afrodita.

El muchacho servidor bajó entonces hasta la cruz roja, se inclinó y la besó; luego danzó sobre ella de tal manera que parecía trazar

los dibujos de una maravillosa rosa de oro, pues la percusión hacía caer del dosel una lluvia de polvo brillante. Entretanto la letanía (con palabras distintas, pero con el mismo coro) comenzó de nuevo. Esta vez era un dúo entre el Sumo Sacerdote y la Sacerdotisa. A cada coro los Caballeros y las Damas se inclinaban profundamente. La muchacha se movía en círculo sin cesar, y el cuenco pasaba.

Esto terminó con el agotamiento del muchacho, que cayó desmayado sobre la cruz. La muchacha tomó de inmediato el cuenco y lo acercó a sus labios. Luego lo levantó y, con ayuda del Guardián del Santuario, lo sacó de la capilla.

La campanilla tintineó otra vez en el arquitrabe. El heraldo tocó una fanfarria. El Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa se acercaron majestuosamente el uno al otro y se abrazaron, desatando en el acto las pesadas túnicas doradas que llevaban. Estas cayeron, dos lagos gemelos de oro. Vi entonces que ella vestía una prenda de seda blanca tornasolada, forrada por completo (según se vio después) de armiño.

La vestidura del Sumo Sacerdote era un bordado elaborado de todos los colores, armonizado por un arte exquisito y a la vez robusto. Llevaba también un pectoral que correspondía al dosel: una "bestia" esculpida en oro en cada esquina, mientras que los doce signos del Zodíaco estaban simbolizados por las piedras del pectoral.

La campanilla tintineó una vez más, y el heraldo volvió a hacer sonar su trompeta. Los celebrantes bajaron por la nave tomados de la mano mientras el órgano tronaba sus solemnes armonías.

Todos los Caballeros y las Damas se pusieron de pie e hicieron la señal secreta de Rosa Cruz.

Fue en esta parte de la ceremonia cuando empezaron a sucederme cosas. Me di cuenta de pronto de que mi cuerpo había perdido el peso y la sensibilidad táctil. Mi conciencia ya no parecía estar situada en mi cuerpo. Me "confundí", si se me permite la frase, con una de las estrellas del dosel.

De este modo no llegué a ver a los celebrantes acercarse realmente a la cruz. La campanilla tintineó de nuevo; volví en mí, y entonces vi que la Suma Sacerdotisa, de pie al pie de la cruz, había echado su túnica sobre ella, de modo que la cruz ya no era visible. Solo había un tablero cubierto de armiño. Ella estaba ahora desnuda, salvo por su tocado coloreado y enjoyado y el pesado torques de oro en torno al cuello, y los brazaletes y ajorcas que hacían juego. Comenzó a cantar en una lengua suave y extraña, tan baja y fluidamente que en mi aturdimiento parcial no pude oírlo todo; pero capté unas pocas palabras, ¡Io Paian! ¡Io Pan!, y una frase en la que las palabras Iao Sabao cerraban enfáticamente una oración en la que capté las palabras Eros, Thelema y Sebazo.

Mientras hacía esto, desató el pectoral y se lo dio a la muchacha servidora. La túnica siguió; vi que estaban desnudos y sin vergüenza.

Por primera vez hubo un silencio absoluto.

Entonces, de un centenar de surtidores que rodeaban el tablero brotó un humo púrpura perfumado. El mundo quedó envuelto en

una gasa amorosa de niebla, sagrada como las nubes sobre las montañas.

Luego, a una señal dada por el Sumo Sacerdote, la campanilla tintineó una vez más. Los celebrantes extendieron los brazos en forma de cruz, entrelazando los dedos. Lentamente giraron tres círculos y medio. Ella entonces lo tendió a él sobre la cruz y tomó su propio lugar señalado.

El órgano volvió a desplegar su música solemne.

Yo estaba perdido para todo. Solo vi esto: que los celebrantes no hacían ningún movimiento de los esperados. Los movimientos eran extremadamente pequeños y a la vez extremadamente fuertes.

Esto debió de continuar durante muchísimo tiempo. A mí me pareció que la eternidad misma no podría contener la variedad y la hondura de mis experiencias. Ni la lengua ni la pluma podrían registrarlas; y, sin embargo, me veo obligado a intentar lo imposible.

1. Yo era, cierta e indudablemente, la estrella del dosel. Esta estrella era un mundo incomprensiblemente enorme de llama pura.

2. Me di cuenta de pronto de que la estrella no tenía tamaño alguno. No era que la estrella se encogiera, sino que ella (= yo) se volvió de pronto consciente del espacio infinito.

3. Se produjo una explosión. En consecuencia, yo era un punto de luz, infinitamente pequeño y sin embargo infinitamente brillante, y ese punto carecía de *posición*.

4. En consecuencia, ese punto era ubicuo, y hubo un sentimiento de desconcierto infinito, cegado al cabo de muchísimo tiempo por un chorro de arrobamiento infinito (uso la palabra "cegado" como forzado; habría preferido usar las palabras "borrado" o "abrumado" o "iluminado").

5. Esta plenitud infinita (no la he descrito así, pero eso era) se transformó de pronto en un sentimiento de vacío infinito, que se hizo consciente como un anhelo.

6. Estos dos sentimientos empezaron a alternarse, siempre de golpe y sin superponerse en modo alguno, con gran rapidez.

7. Esta alternancia debió de producirse cincuenta veces; casi preferiría decir cien.

8. Los dos sentimientos se hicieron uno de pronto. Otra vez la palabra explosión es la única que da alguna idea de ello.

9. Me pareció ahora ser consciente de todo a la vez, y de que era a un tiempo uno y muchos. Digo "a la vez", es decir, no fui sucesivamente todas las cosas, sino instantáneamente.

10. Este ser, si puedo llamarlo ser, pareció caer en un abismo infinito de Nada.

11. Mientras duraba esta "caída", la campanilla tintineó de pronto tres veces.

Al instante volví a ser mi yo normal, aunque con una conciencia constante, que no me ha abandonado hasta esta hora, de que la verdad del asunto no es este "yo" normal sino "Aquello" que todavía está cayendo en la Nada. Me aseguran quienes saben que podré retomar el hilo si asisto a otra ceremonia.

El tintineo se apagó. La muchacha servidora corrió rápidamente hacia adelante y plegó el armiño sobre los celebrantes. El heraldo tocó una fanfarria, y los Caballeros y las Damas dejaron sus sillerías. Avanzando hacia el tablero, tomamos las varas doradas de transporte y seguimos al heraldo en procesión fuera de la capilla, llevando la litera a una pequeña capilla lateral que se abría desde la antesala del medio, donde la dejamos, mientras el guardia cerraba las puertas.

En silencio nos quitamos las vestiduras y dejamos la casa. A una milla, más o menos, a través del bosque, encontramos esperando el automóvil de mi amigo.

Le pregunté si, siendo aquello una misa rezada, no podría permitírseme presenciar una Misa Mayor.

"Quizá", respondió con una sonrisa curiosa, "si todo lo que cuentan de usted es verdad".

Entretanto me permitió describir la ceremonia y sus resultados tan fielmente como pudiera, encargándome solo que no diera indicación alguna de la ciudad cerca de la cual tuvo lugar.

Estoy dispuesto a indicar a los iniciados del grado Rosa Cruz de la Masonería, bajo carta patente legítima de las autoridades genuinas (pues hay masones espurios que trabajan bajo una carta falsificada), la dirección de una persona dispuesta a considerar su aptitud para afiliarse a un Capítulo que practica ritos semejantes.

XVI

Considero superfluo continuar mi ensayo sobre los Misterios y mi análisis del Entusiasmo Energizado.

---

1. Por supuesto, ha habido una escuela de diabólicos [ilegible en la fuente] que ha sostenido que el acto en sí es "malvado". De tales blasfemos de la Naturaleza no se diga una palabra más. ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar